

“ JORGE  
BUSTOS

## LA POLÍTICA ES UN CUEN- TO HECHO PARA UN PÚBLICO IN- FANTILIZADO”

“¿Por qué hacer un libro de viajes, que es el relato más simple que hay? Si viajar se convirtió en una baratija antes de la pandemia...”, se pregunta el redactor jefe de Opinión de EL MUNDO sobre su nuevo libro, ‘Asombro y desencanto’. La respuesta está en el viaje interior tras el itinerario narrado

POR LUIS  
ALEMANY MADRID  
FOTOGRAFÍA: JOSÉ AYMÁ

‘A SOMBRO Y desencanto’, el quinto libro del periodista Jorge Bustos (Libros del Asteoride), suena a obra atemporal desde su título, desde su portada con una foto del Mont Saint-Michel virada al verde. El texto hilvana dos viajes en coche: uno de trabajo, por los pueblos que recorrió Quijote, y otro por Francia, desde la frontera vasca hasta Normandía. En principio, parece que los dos viajes son un juego de espejos que da nitidez a la imagen de España, un tema clásico del redactor jefe de Opinión de EL MUNDO. En el fondo, el texto es algo más íntimo. En la carretera, el narrador aprende a vivir más libremente, como en todos los libros de viajes. P. Juan Benet escribió sobre una clase teórica en la mili. Un sargento les explicaba

qué era la patria con muchas florituras. Acababa la clase y preguntaba. «¿Habéis entendido?». Respuesta de la tropa: «No». Y el sargento decía: «Mirad, ¿a vosotros no os pasa que oís hablar en francés y os da muchísima rabia? Pues eso es la patria».

R. Para alguien como yo, viniendo de donde vengo, la relación con Francia no es natural, viene cargada de prejuicios. Ni mucho menos es la relación que tuvieron nuestros padres. En ciertos ambientes de educación conservadora, parece que la construcción de la identidad española se hace por oposición a Francia. Es una cosa estúpida pero aún funciona. Sólo hay que ver cuando Vox habla con desprecio de «los gabachos», y eso que el Frente Nacional les ayuda. Este libro va también de eso, del anhelo de confrontarme con mis prejuicios y mis complejos a través de una experiencia con la realidad francesa y con la española. P. Con la realidad y con la literatura también.

R. La primera parte del libro tiene a Azorín por patrón y es una revisión de lo cervantino, de lo castizo. Madariaga fue otra referencia del libro por sus estudios de los caracteres colectivos. En parte son muy ingenuos pero a la vez muy evocadores, muy divertidos para confrontarlos con la realidad de hoy. La segunda parte del libro, la de Francia, sigue a Pla en la idea de volver a la realidad de las cosas mismas, concretas, y deshacerse del equipaje que sobra. El libro nace de un

hartazgo.

P. ¿Sobre qué?

R. De momento el cuerpo aguanta pero mi vida es un poco disparatada por el grado de exposición. Me paso el día generando opiniones sobre sucesos que caducan a las dos horas y preparándome para la siguiente toma de postura sobre hechos que nos alejan de la realidad en vez de acercarnos a ella. Suena un poco pomposo, pero sentí un alivio real al cerrar el ordenador y salir a los mismos pueblos de La Mancha recorridos mil veces con un cuaderno y esa sed de cosas concretas, que decía Pla. De la comida, de la bebida, del paisaje, de la historia que está detrás.

P. A mí me pesó más la parte de viaje íntima del libro: el personaje que conquista un sentido de la ironía cervantina, que no es satírica sino que consiste en verse a uno mismo con distancia y al mundo con un escepticismo amable.

R. Siempre hay un viaje interior. Aquí es evidente, incluso es una confesión casi explícita en el último capítulo, cuando hablo de mi afrancesamiento. Si mañana uso la palabra afrancesado en un artículo habrá lectores que se revuelvan. Es una paletada castrante, pero es más habitual de lo que parece. Como si no se pudiera aceptar que, en Francia, la industria literaria, la educación pública, la formación de los políticos o el urbanismo son mejores que en España. Eso no debería abrir una grieta en nuestra autoestima nacional y si lo hace, es que estamos muy mal. Es verdad que este libro cuenta una conquista de cierto espíritu laico, no volteriano ni arrogante y sí liberador. Me despojo de cosas antiguas con las que fui criado. Y acepto una especie de radicalidad tranquila, un liberalismo antidogmático, abierto, escéptico. El lector percibirá un cambio biológico y psicológico: hay cuatro años entre los dos viajes. El que yo era en 2015 tenía una mirada más ingenua. El de 2019 está más baqueteado, pero también es más libre en su desencanto. Está en paz. P. Es atractiva esa idea de la ironía buena de Cervantes. R. Pero para eso hace falta vivir 50 años de putadas. Es la genialidad de Cervantes: Cervantes tendría que haber escrito como Quevedo con



“ PARECE QUE LA IDENTIDAD ESPAÑOLA SE HACE POR OPOSICIÓN A FRANCIA. ES UNA COSA ESTÚPIDA”

“ PARA HACER ESTE LIBRO ME AISLÉ EN GREDOS. FUE DE LOS MOMENTOS MÁS FELICES DE MI VIDA”

“ EN 2015 TENÍA UNA MIRADA MÁS INGENUA. EN 2019 ESTABA MÁS BAQUETEADO, PERO TAMBIÉN MÁS EN PAZ”

la vida que le tocó. Y, sin embargo, tras una vida miserable y consciente de que su talento había sido despreciado, no escribió una venganza como hizo Rousseau. En alguna época tuvo la esperanza de medrar, pero no le salió. Y se quedó entre la gente y desarrolló una mirada compasiva hacia sus criaturas.

P. De joven fue un orgulloso matamoros. Hizo el mismo viaje desde el dogmatismo al escepticismo.

R. En realidad, conservó una parte de orgullo por combatir en Lepanto. El Quijote se ríe de la épica militar, pero reivindica Lepanto cuando lo saca. Por eso Cervantes conquistó la ironía moderna, porque entendió que las cosas en

las que creía no valían gran cosa y que la verdad profunda estaba en la humanidad de las personas.

P. ¿Y qué se hace luego con esa ironía bondadosa ante el gran teatro del mundo?

R. Llegaré a un punto de fisión, supongo. De momento, mi cuerpo aguanta pero mi vida es un disparate. Opino en un radio a las siete y media cada mañana y hay días que entro también a las once de la noche. En medio, siete horas en el periódico, algo de televisión... Para hacer este libro me fui a la Sierra de Gredos, encerrado y desconectado, con una llamada por las noches y una comida al día. Y fue uno de los momentos más felices de mi vida. No voy a caer en la presunción de

**Teddy Ursulescu, una de las afectadas en el incendio del club Collective, en Rumanía.**

periódicos o la carrera del poder mediático. ¿Dónde estoy? En este libro me digo que quiero ser escritor. P. Habla del malestar con el material de trabajo político... Pero hay personajes muy atractivos. Y el ritmo narrativo es excelente. R. Como teatro es maravilloso. La política ha superado al fútbol como entretenimiento de masas.

“

**LA POLÍTICA ESPAÑOLA NO TIENE MÁS SUSTANCIA QUE LA DECADENCIA Y EL INDIGNANTE DESPRECIO”**

**“DE MOMENTO, EL CUERPO AGUANTA, PERO MI VIDA ES UN DISPARATE POR EL GRADO DE EXPOSICIÓN”**

**“PABLO IGLESIAS NO VA A MADRID A LUCHAR CONTRA EL FASCISMO. VA A QUE PODEMOS NO MUERA”**

Amigos míos que tenían un desapego político creo que sano ahora consumen política compulsivamente, como una ficción adictiva. Porque todo es ficción. Iglesias no viene a Madrid a luchar contra el fascismo. Viene a que Podemos no desaparezca allí donde nació y por escapar de un Gobierno en que era ninguneado. Tampoco Ayuso tiene la misión de salvar la libertad en una nueva Venezuela en la que nos van a robar los pisos. Son relatos. Cuando los *spin doctors* hablan de «relato» no usan una metáfora. Buscan crear un cuento verosímil para un público tonto e infantilizado al que desprecian. Y con razón, porque el público se toma la política como un *reality*. Para el público la política es *La isla de las tentaciones*. Cuando voy al Congreso me siento como un crítico de teatro. Los mejores políticos son los mejores actores y el más cínico es el de más éxito. En algún caso sale bien lo de encarnarse a sí mismo: el alcalde de Madrid ha hecho un buen personaje con el tío campechano, majo, transversal. Se muestra como es. Pero es una excepción.

decir que este libro va a durar, pero no caducará esta noche porque tal político haga algún anuncio. Y Francia sí va a durar. Igual que España. P. Estoy seguro de que si fuera redactor jefe de *Le Figaro* sus frustraciones serían iguales. Además, sospecho que la política francesa lleva más años creando personajes más teatrales que los de España. R. Me imagino que sí. Lo que pasa es que la política española no tiene más sustancia que una lenta decadencia, un indignante desprecio de sus deberes con los ciudadanos. Y eso solo da para unos tuits, o una columna. Gistau me dijo cuando empecé de redactor jefe que tenía dos caminos: el de escritor de



## ‘COLLECTIVE’, EL INCENDIO QUE DEVASTÓ UN CLUB Y ACABÓ ARRASANDO RUMANÍA

COMO BIEN DICEN algunos (y algunas), la política no es una serie de Netflix. Lo es de HBO. Y no hablamos de la ya popular y hasta coyuntural *Baron noir* sino de *Collective*, de Alexander Nanau. En realidad, se trata sólo de un documental, el más brutal en su extremada sencillez de los últimos tiempos. Nada más. Desde su paso por Toronto y Venecia en 2019 hasta ahora, la película no ha hecho más que cumplir con su cometido de, desde el cine, dignificar la política. Y al revés. Se cuenta lo ocurrido en Rumanía en el incendio de octubre de 2015 del club que da título a la producción. Entonces, las llamas devoraron la vida de 27 personas. El local no reunía las condiciones mínimas, pero se mantenía abierto por el rigor de la economía frente a la seguridad. Nada que sorprenda. Por eso y por los sobornos, claro. Sin embargo, lo más grave vino después, cuando se supo que la podredumbre llegaba a los hospitales, carcomidos por comisiones a gerentes y médicos procedentes de la industria farmacéutica (Hexa Pharma), que aumentaba sus márgenes de beneficios con un desinfectante diluido completamente inútil. Y así hasta llegar a 64 cadáveres e infinidad de heridos con evidencias de la corrupción en forma de cicatrices como surcos. Ahora, la película llega a

Alexander Nanau, director de la película rumana que opta a los Premios de Hollywood como mejor película extranjera y documental, analiza la corrupción política y médica que acabó con la vida de 64 personas

POR LUIS MARTÍNEZ MADRID

la ceremonia de los Oscar con dos nominaciones. La primera por el excelente documental que es y la segunda, por la producción internacional que también es. «En realidad y por muy local que parezca, es una historia universal. Es una historia de ambición y poder, y de hasta dónde se puede llegar para mantener ese poder. Eso vale para cualquier país. Lo lees en novelas, en la Biblia y lo ves

en películas, pero la podredumbre de la naturaleza humana, incluso dentro de las llamadas sociedades desarrolladas, está ahí», dice Nanau. En cualquier caso, lo cierto es que la cinta, un éxito en Rumanía, levanta acta del movimiento social, casi revolución, vivido tras revelarse la red tupida de intereses cruzados que acabó en tragedia. «Por el caso *Collective* se han visto las manifestaciones más grandes desde la Revolución de 1989, cuando Ceausescu fue derrocado», precisa. El documental se limita a seguir los hechos con una precisión muy cerca de la simple e infinita paciencia. Se sigue cada uno de los pasos del periodista Catalin Tolontan, que desde el periódico deportivo *Gazeta Sporturilor* destapó todo lo ocurrido. La cámara se limita a estar. Sin juzgar, sin comentar, sin aclarar nada siquiera. «La idea es no intervenir, no hacer preguntas, no actuar», comenta Nanau. Y así hasta que la más evidente de las realidades adquiere la textura y tensión de un *thriller* natural. En efecto, lo real es ficción. Y al revés. «Es un relato sobre la corrupción, pero también sobre la incompetencia. En realidad, las dos cosas van siempre unidas. Los corruptos necesitan incompetentes al mando para poder influir en ellos y los incompetentes sólo pueden mantenerse en el

poder con una red de corrupción eficaz. Y eso atañe a los medios, al sistema judicial, a la sociedad y a la política. Los jueces, por ejemplo, no actúan contra los médicos porque en el futuro puede que necesiten sus servicios, y los médicos y gestores de hospitales se pueden permitir corromperse y lucrarse con la compra de desinfectantes fraudulentos porque saben que ningún juez va a ir contra ellos», razona Nanau con una claridad siniestra. En la película también hablan las víctimas. Una de ellas es Teddy Ursulescu, que se salvó por el traslado a Viena. Sin dedos en las manos y con la piel convertida en el mapa de la ignominia, se deja ver. La cámara recorre su cuerpo y en cada fotograma se descubren todas las tragedias de las que fue capaz Shakespeare. «El sistema», razona el director, «parecía invulnerable». Sin embargo, un periódico deportivo, por estar alejado del ruido de la política, destapó todo. Sólo ellos pueden investigar en Rumanía. El resto depende del dinero de quien no quiere que se investigue. A medida que se fueron conociendo los hechos, surgieron más denuncias. Y así hasta que han ido, pese a las reticencias, cambiando las cosas. Hay esperanza». Y concluye: «El cine puede cambiar algo». La política puede ser un documental. De HBO.